Morena

El libro escrito por Sergey Kukánov

Capítulo 1

El mundo a su alrededor se sentía etéreo, ajeno a la realidad tangible, mientras aguardaba su presencia. Las flores, vestidas de hologramas deslumbrantes, acariciaban su ser, imprimiendo una huella imborrable en su alma, como si fuera una necia creyente en fantasmas que poblaban su morada. Nadie la contemplaba en esa quietud solemne, tan constante y a la vez tan fugaz, teñida por las ilusiones espirituales que la gente suele abrazar en el curso de sus vidas.
Cuando dijeron que se había marchado enamorada, la verdad era otra. Su cuerpo entero vibraba con sensaciones inéditas, inéditas para una existencia hasta entonces desprovista de tal intensidad. Sus ojos se anegaron, espejo de una añoranza palpable, de un anhelo por verlo llegar.
Los sonidos del exterior se filtraron en el santuario de su alma, cual enjambre de mariposas estivales en busca de néctar floral. La ventana, abierta al mundo, traía consigo el aliento salobre del mar y los ecos alegres de niños jugando. Durante años, ella aguardó un destino en abrazos insondables, cálidos, dispuestos a acoger al universo.
Sí, ese Juan, un vecino de su humilde barrio, había posado su mirada curiosa en sus piernas esbeltas mientras ella lavaba la ropa a orillas del río. Sin embargo, el valor le faltó para acercarse, para entablar siquiera una palabra de saludo. Pero Juan la amaba con devoción, y ella, que había crecido en la pobreza de aquel rincón, percibía la fuerza salvaje de esa pasión velada en sus ojos, marcados por el cansancio.
Evidentemente, acercarse en público no era tarea fácil para ninguno de los dos. A ella le parecía un joven sin pretensiones, aunque brusco en su trato. Algunos hombres lo evitaban, murmurando que buscaba pretextos para la riña. Morena lo conocía desde la infancia, pero el azar los había mantenido ajenos, ni amigos ni conocidos.
Sabía también del tormentoso pasado de Juan: la dureza de su crianza marcada por castigos severos, que habían cincelado en él una agresividad latente. Y en ese preciso instante, un recuerdo electrizante asaltó su mente. Jamás lo había confesado a nadie, pero al contemplar la musculatura definida de él, al ser presa de unos ojos ávidos, una noche se materializó en su memoria.
Regresaba a casa aquella víspera, agotada tras su labor en el río. Su barrio, en la quietud nocturna, parecía un remanso de paz. De pronto, sintió el agarre férreo de unas manos. Su grito quedó ahogado, su boca sellada por una mano desconocida. Acto seguido, sintió una respiración cálida, unos labios buscando los suyos en un compás donde el horror se entrelazaba con una pasión inesperada.
«¿Tú?» La incredulidad la embargó al reconocerlo. «¿Qué quieres de mí?» Mas Juan, sin palabras, persistió en su búsqueda.

— No, no, déjame en paz. ¡Voy a gritar! — exclamó. Pero en medio de aquel torbellino, una parte de Morena no deseaba el escándalo. En ese instante, la audacia de Juan le pareció una manifestación de amor puro e indomable. Anhelaba gritar de júbilo, rendida a la fuerza de aquel hombre que la cautivaba.
De repente, se escuchó un rumor cercano. Juan se apartó, desvaneciéndose en la oscuridad sin una palabra. Morena se arrodilló, sollozando, como una niña a la que le arrebatan su tesoro más preciado.
Ahora, en el presente, ante la mirada febril de ese joven, le pareció revivir la intensidad de aquella noche. Juan, con la cabeza girando como si buscara testigos, se acercó a ella como un ladrón al acecho de un tesoro, anhelando el beso que le negó. Morena tensó sus músculos, dispuesta a repelerlo, pero a la vez, un deseo secreto la impulsaba a repetir aquel roce ardiente.
Sus miradas se cruzaron. Juan tomó su mano con delicadeza y habló con voz serena:
— Por favor, no me temas. Soy un buen chico. No te haré daño.
Con esas palabras, la envolvió en un abrazo tierno y la besó con fervor.
— Oh… — suspiró Morena, y él aprovechó el momento para intensificar el beso.
— Ven conmigo — la invitó. — No me temas.»
— No… — susurró Morena, apartándolo suavemente. — Es todo tan rápido. Apenas te conozco. Dame un poco más de tiempo.
Su rostro irradiaba una pasión desenfrenada, y su sonrisa desafiaba a Juan a un último beso.
— Entonces… — murmuró él. — ¿Nos vemos pronto? — Sus ojos buscaban una señal de esperanza, una sonrisa radiante en el rostro de la hermosa joven.
No supo qué responder, perdida en la indecisión. Intentó alejarse, sintiendo el peligro inminente de perder el control de la situación.
— No lo sé, de verdad no lo sé… — concluyó, liberándose de su abrazo.
— Está bien, mi flor — concedió Juan, soltándola al instante y mirando a su alrededor.
Morena quedó absorta, envuelta en el torbellino de su destino, en la impetuosa locura que los había unido. ¿Quién sabe? Quizás las cosas suceden por una razón insondable. Cada flor busca su abeja para libar su miel, y cada hombre, su estrella para atesorarla.
Amén — pronunció, como si esa palabra tuviera el poder de sellar el destino del mundo.

Morena, tras la faena de lavar la ropa, se sentó en el banco, el cansancio cediendo ante la alegría que iluminaba su rostro desde que Juan se le acercó. Sus rasgos colombianos, grabados con la herencia indígena, y su férrea determinación pintaban un lienzo de esperanza. Por un lado, aquel encuentro espontáneo le parecía una locura digna de una novela, y ella, su protagonista indiscutible. Por otro, sabía que algo debía surgir entre ellos. Aún conservaba el recuerdo del sabor de sus labios curtidos y la profundidad de su mirada azul. Tímida por naturaleza, jamás imaginó una aventura tan audaz. Ni Juan ni ella podían prever el desenlace.

Al final, ambos pudieron agradecer al cielo por aquella experiencia. Los niños jugaban en el río, y sus risas le infundían una esperanza inmensa de un futuro maternal. Un secreto guardado en su corazón herido. Huérfana desde niña, recordaba la envidia que sentía al ver a sus amigas presumir de vestidos nuevos o de libros ilustrados, en los que niñas como ella luchaban por escapar de su desgracia.

Un pensamiento recurrente era la sonrisa de Juan, esa calidez que ruborizaba sus mejillas y que le conmovía el alma. Alzó la vista hacia el sol que doraba las aguas del río. ¿Debía seguir esa luz hasta su ocaso, o sucumbir a las fantasías que se entrelazaban con la realidad? Envolviéndose en las expectativas del verano, Morena se dejó atrapar por emociones espontáneas, cual tintineo de cascabeles o murmullo de hojas. Las sensaciones que inundaron su alma eran como un huracán arrasador.

¿Por qué su corazón se sentía tan atraído? ¿Y por qué la figura de aquel hombre, un tanto rudo y peligroso, persistía en su mente? Una fuerza que ella había examinado en él; su mirada repleta de confianza, que la hacía sentir completamente protegida. A pesar de su dura infancia, él había logrado conservar esa chispa en su interior. Y su cuerpo, musculoso y esbelto como el tronco de un ciprés, lo elevaba a la categoría de un titán divino.

No sabía si él profesaba fe en Dios, pero cada uno de sus gestos denotaba un esfuerzo y una seguridad que la hacían sentir a salvo, como una niña en los brazos de un padre que vela por su bienestar. La vida, que hasta hace poco le parecía un desierto de soledad, se transformaba gradualmente en un remanso de felicidad, amor, empatía y compasión.

Pero, ¿qué pensaba Juan de todo aquello? Ella ignoraba los motivos que la noche anterior lo habían impulsado a buscar sus labios. Al final, Morena se sometía a las pruebas de aquel hombre orgulloso e insondable, capaz de acelerar su corazón como el trotar de caballos o el rugido de autos en plena carrera.

Deseaba con fervor la silueta de aquel cuerpo que desafiaba la vida, a pesar de su aparente desconocimiento de un mundo plagado de artificios, sonrisas falsas, carente de empatía y compasión. Los años de soledad la habían enseñado a ser reservada, a no compartir sus pensamientos. Aquella playa desierta, con su oleaje y el libre aliento del viento, resonaba en lo profundo de su ser, reflejo de su propia alma. Sin embargo, respecto a Juan y sus acciones inconsistentes, ella menos que nada deseaba equivocarse con él y su proceder. En su pueblo, hombres como él solían ser introspectivos, ocultando miedos e inseguridades, fruto de la violencia infligida por los bandidos que imperaban con mano de hierro. Solo Juan, cual tigre herido, se enfrentaba a esas pandillas.

Siempre lo veía marcado por cicatrices y con los puños prestos para el combate. Desconocía los abismos de su pasado, las figuras parentales que lo habían arrojado a las fauces de este infierno llamado Barrio de las Ondas, huyendo como cobardes de sus deberes. Solo los ecos de los vecinos susurraban que lo habían abandonado a los siete años, cuando su fragilidad era un peso insoportable. Sin duda, Juan se adaptó al filo de la calle con velocidad depredadora, inmerso en extorsiones y devorándose a sí mismo. En un instante, su ser se tiñó de nuevos matices, como si

desechara su vida anterior para entregarse a la estela de una mujer ajena a su mundo de sol, envuelto en abismos y desengaños. Solo Dios conocía el precio de su libertad, un tesoro intangible e inalcanzable.
Morena, un lienzo de belleza etérea, desplegaba ojos rasgados y una sonrisa que desarmaba. En ella, cada vecino veía un alma generosa, rebosante de bondad. Mas la incredulidad flotaba en el aire ante la certeza de que, en sus años de vida, ningún hombre había cruzado su umbral. Las lenguas viperinas de comadres obesas, hinchadas de envidia, hilaban marañas de falsedades tan inverosímiles como hirientes. Y aquí, en este pueblo que parecía una prueba divina orquestada por el mismísimo Creador, la presunción de inocencia era una quimera, un principio humano olvidado.

Al despuntar el alba, Morena despertó antes de lo habitual. Un fulgor de dicha danzaba en sus pupilas y su corazón latía desbocado, anhelando el encuentro con Juan. Le costaba asimilar que los últimos tres días de su existencia fueran reales, así como la lluvia que acariciaba su rostro y el sol que la besaba. Se vistió y salió, una sonrisa radiante iluminando su andar, sintiéndose como un felino feliz en su reino.
Doña Victoria, su vecina, la observó con recelo mientras continuaba la lidia con su artesa rota. —¡Buenos días, Doña Victoria! —la saludó Morena con dulzura, dirigiéndose a recoger las prendas que había dejado a secar la noche anterior. —¿Adónde vas? —preguntó Doña Victoria, sus ojos escupiendo indignación.
Morena giró la cabeza, enmudeciendo. Conocía a su vecina desde hacía incontables lunas y no veía sentido alguno a enzarzarse con una alma desquiciada, cuya única ocupación era juzgar a los demás y envidiar su dicha.
—¡Oye! —vociferó Doña Victoria—. ¡Te estoy hablando! ¿Ya encontraste algún caballero dulce?
Morena se detuvo en seco, el cuerpo petrificado. La sangre le subió al rostro, hirviendo en sus venas. —¿Qué? ¿Qué ha dicho? —Sus puños se cerraron con furia y, en un abrir y cerrar de ojos, desató un golpe certero contra Doña Victoria.
En un parpadeo, ambas mujeres, cual felinas enloquecidas, se convirtieron en un torbellino de gritos y embates. En un instante, Doña Victoria yacía en el suelo, su cabeza sangraba a borbotones, y el rostro de Morena resplandecía como la estrella de la muerte. —¡Ay! ¡Me muero! ¡Me matan! —aullaba Doña Victoria, intentando escudar su rostro de la furia de los puños de Morena, quien en ese momento era un tigre prestado a desgarrar a su presa en mil pedazos. —¡Ay! ¡Ay! ¡Me matan! —insistía Doña Victoria, aferrándose a su cabeza ensangrentada. Las gotas carmesí manchaban su vestido blanco, aquel que Morena había cuidado con esmero la víspera, con la única esperanza de encontrar a Juan.
En el siguiente momento, sintió unas manos firmes que acunaban su cuerpo, sujetándola sin darle tregua para descargar más golpes. La pobre Doña Victoria permanecía tendida de espaldas, inerte.
—¡Te mato, mierda! —gritó Morena, y rompió a llorar como una niña a la que le han arrebatado su tesoro. Las manos que la apartaron de Doña Victoria pertenecían a Juan. Morena se aferró a él, temblorosa de pánico y miedo, y se deshizo en

llanto. Tres minutos transcurrieron en un silencio cargado de emociones, sin que ni Juan ni Morena pronunciaran palabra. De repente, Juan señaló hacia Doña Victoria, completamente inmóvil.
—¿Está bien? —preguntó, aproximándose a la pobrecilla, cuya cabeza era un caudal de sangre.
—No lo sé —respondió Morena, quien poco a poco comenzaba a asimilar la magnitud de lo ocurrido tres minutos atrás.
Juan evaluó la escena y se volvió hacia Morena, su rostro pálido como el mármol.
—¿Qué pasó? —preguntó Morena, y sus manos volvieron a temblar.
—Dime, ¿qué pasó? —insistió.
—Está bien. Va a vivir —contestó Juan. Pero, a fin de cuentas, tendrá que comparecer ante el juez… Por lo tanto, será mejor que nos dirijamos a mi casa para que te ocultes. Y después… ¿Y después qué? Morena lo miró, la mente sumida en pensamientos profundos. «No sé…» Juan la observó y tomó su mano… «En unos segundos, esta señora se levantará y comenzará a llamar la atención.» «De acuerdo, vamos. Nos dirigimos a mi casa de inmediato.» Se giraron para contemplar a la señora, su cabeza sangrante, que empezaba a moverse lentamente. Abandonaron el lugar tan rápido como la vida misma se les escabullía.

Capítulo 2

Mientras Doña Victoria volvía en sí, los vecinos más cercanos se apiñaron a su alrededor, urgiéndola a explicar qué había ocurrido, quién la había golpeado con tanta saña. Pero la pobre mujer ni siquiera recordaba su propio nombre. A cada pregunta, su mirada perdida vagaba sobre los rostros conocidos, incapaz de reconocer a nadie. Su rostro, surcado por el sangrado, exhibía una mueca casi maniaca, y sus manos temblaban incontrolablemente al menor roce. A veces, Doña Victoria emitía sonidos guturales, escapados de una garganta que parecía la de una fiera salvaje.
El desconcierto reinaba entre los presentes. —¿Sabe quién la atacó, Doña Victoria? —insistió el señor García. —¿Por qué se encuentra aquí, en el suelo? —repitió doña Marta, preocupada. —¡No sé, no sé, no sé! —gritó la víctima, su voz rasgada por la desesperación, incapaz de reconocer a nadie—. ¡Déjenme en paz! ¡Quiero nadar en el río!
Ante semejantes respuestas, la gente que la rodeaba se miró con recelo, murmurando entre dientes y apartándose de ella. Solo doña Marta, movida por una compasión inquebrantable, la ayudó a levantarse y la condujo, paso a paso, hasta su humilde morada de madera.
El cielo, que apenas cinco minutos antes era de un azul límpido, se rasgó de repente con relámpagos y comenzó a derramar una lluvia torrencial. Mientras tanto, Morena y Juan habían alcanzado la destartalada chabola donde vivía él y se habían refugiado en su interior. Las manos de Morena temblaban tan violentamente que apenas podía pronunciar palabra alguna.
—Vamos, vamos. No podemos dejarla en este estado —dijo Juan, observando a Morena, que, de forma caótica, intentaba ordenar sus pensamientos, aún sumida en

la fiebre del delirio. Él la sostuvo con firmeza, ayudándola a sentarse en una silla desvencijada. —Cálmate. No te encuentras bien. Ahora tienes que tomar un té —indicó él, encaminándose de inmediato a la cocina para prepararlo. Morena quedó sumida en un abismo de confusión y pánico, incapaz de procesar nada. Su mente era un torbellino de abejas zumbando furiosamente.
Juan calentó el agua y preparó una taza de té verde, esperando que calmara a Morena lo más pronto posible. Él, ajeno a cualquier sentimiento que pudiera surgir entre ellos, tal como había ocurrido antes, mantenía todos sus pensamientos fijos en el estado precario de ella. Esta reunión le resultaba, a fin de cuentas, un reencuentro desdichado, y jamás hubiera imaginado encontrarla en tales circunstancias aciagas. Desde su infancia, Juan había aprendido a convivir con la soledad, forjando un carácter resolutivo y preparándose para afrontar los desafíos de la vida con decisiones rápidas, sin detenerse en los aspectos negativos. Se había acostumbrado a las peleas callejeras, y casi siempre salía victorioso gracias a su férrea voluntad y a una mente siempre dispuesta a la aventura.
Lo habían abandonado a una edad muy temprana, cuando los días transcurrían con una lentitud exasperante, y él fue absorbiendo, como una esponja, todos los traumas y las sombras de aquellos años. Para estar a la altura de las adversidades que el futuro le deparaba, necesitaba crecer más rápido que los demás chicos del barrio. Los muchachos mayores le parecían unos niños tontos, absortos en sus juegos en lugar de buscar el conocimiento. Sentía que poco a poco perdía el interés en formar amistades, pues prefería pasar las tardes a la sombra de un árbol, inmerso en las páginas de un apasionante libro de aventuras marítimas, donde un enigmático hombre con una cicatriz libraba feroces batallas contra hordas de piratas a bordo de una embarcación bautizada *El Viento de Paso*. Aquellas epopeyas lo inspiraron a emular a esos héroes, quienes le parecían forjados en el más puro hierro.
Pero, al observar a sus compañeros de juego, siempre imaginaba una amalgama de personajes y situaciones donde se revelaban sus verdaderas esencias. Juan reprochaba amargamente a los cobardes, aquellos que, ahogados en mil y un sentimientos contradictorios, buscaban siempre excusas para justificar sus acciones indecisas. Él habría preferido morir antes que mostrar tal cualidad vergonzosa.
Por ello, su rostro estaba perpetuamente adornado de cicatrices. Sus camaradas, al ver su valentía indomable, lo apodaron "Furioso Juanito". Cada uno de ellos intentaba emularlo, dotados de una arrojo, una voluntad inquebrantable y una paciencia prodigiosa para alcanzar sus metas.

Juan, ya con el té preparado, se acercó a Morena, quien en aquel instante le parecía la personificación de la fragilidad y la indefensión. Sus ojos, empañados por las lágrimas, se perdían en la nada. Acurrucada en la silla, abrazaba sus rodillas con fuerza, la mirada fija en un punto invisible ante ella.
—¿Estás mejor? —preguntó Juan, vaticinando un mínimo cambio en su estado anímico tras las convulsiones de las últimas horas.
—No lo sé… Honestamente, no lo sé… —susurró Morena, su mirada aún perdida, perdida en fantasías. Le parecía que todo el mundo la observaba, ávido de acusarla

por un delito que la carcomía. La imagen del rostro ensangrentado de Doña Victoria la atormentaba sin piedad. Sus palabras resonaban en su cabeza como el toque fúnebre de las campanas de la iglesia cercana.
—Dime, ¿por qué me perseguiste esa noche? —finalmente giró su cabeza hacia Juan, su voz un hilo de angustia—. ¿Por qué me besaste?
Juan se quedó paralizado, su mirada desviándose bruscamente para ocultar la turbación que invadía su rostro.
—Esa noche… No sé… ¿Cómo decírtelo…? —susurró.
En ese mismo instante, el hombre de recia complexión y confianza inquebrantable se transformó, poco a poco, en un niño desamparado, incapaz de encontrar la respuesta adecuada a aquella mujer hermosa y vulnerable. Ella, con su pregunta franca, buscaba una explicación, las razones que los habían confinado juntos en aquella maldita chabola.
—No lo sé… Siempre he estado solo, sin haber tenido relaciones durante tantos años… —el hombre vaciló y continuó, con la voz quebrada—. Siempre he estado solo, sin nadie con quien abrir mi corazón. Y entonces, cuando te vi lavando la ropa, con esa profunda tristeza en tus hermosos ojos, pensé que entre tú y yo podría florecer algo más grande, algo más sincero… ¿Lo entiendes?
Sus manos temblaban. No podía comprender por qué sus ojos, imperceptiblemente al principio, comenzaron a empañarse, dejando escapar lágrimas tras lágrimas. Era una catarsis ineludible, un momento en el que Juan se convertía en el revelador de su propio y tortuoso pasado.
Morena lo notó al instante. Su rostro, a su vez, se cubrió también de lágrimas. En realidad, ninguno de los dos necesitaba más explicaciones. Morena se levantó, se acercó a Juan y lo abrazó como una madre a su hijo desesperado. Permanecieron inmóviles durante minutos, en un silencio compartido que parecía sanar las heridas de sus almas. Lo que menos les importaba en ese momento era desentrañar la intrincada madeja de eventos que había unido sus vidas en aquel abrazo tan intenso.
—Eres mi vida… —susurró Juan, acariciando sus cabellos rizados y fijando su mirada sincera en los ojos llorosos de ella. Se rozaron los labios con ternura, sus pequeños ojos enrojecidos encontrándose, y then él la besó, un beso largo y profundo.
—Nunca te dejaré, mi vida… —susurró.
Mientras tanto, el sol irrumpió en el cielo, bañando la chabola con destellos de luz dorada.

Capítulo 3

El silencio ceremonial de la iglesia de Santa Cruz era un bálsamo apenas interrumpido por el titilar de las luces sobre el altar. Unos ángeles de rostros benévolos, grabados en la entrada, parecían ofrecer una bienvenida esquiva a los pocos que se aventuraban en su interior. La misa comenzó, y tres almas se rindieron a su cadencia, sus miradas perdidas en la introspección. Incluso Doña Victoria, su rostro un lienzo de emociones profundas, sostenía una sonrisa de

beatitud, su vista fija en un rayo de sol que acariciaba sus ojos. La música, una marea de paz, inundó su ser.
Desde el eco de su último enfrentamiento, la memoria de esta mujer anciana se había desvanecido como un susurro en el viento. En ese silencio opresivo, solo hallaba consuelo en las frías paredes de la iglesia. Los médicos le habían explicado que la amnesia, secuela de los golpes brutales, le había arrebatado el recuerdo de aquel instante de terror.
La policía, inmersa en una búsqueda infructuosa, apenas movía un dedo. La apatía reinaba; su verdadera preocupación residía en sofocar las reyertas de bandas callejeras, ignorando la podredumbre social que corroía el barrio. La vida allí se ahogaba en un pantano de complicidades tácitas, donde la verdad era una reliquia olvidada.
En este país, la gente había aprendido a cerrar los ojos, a taparse los oídos, a disolverse en la indiferencia ante la criminalidad de sus gobernantes. Mientras los cínicos líderes saqueaban el erario público con maniobras delictivas, los jóvenes inocentes eran encarcelados por motivos políticos.
Doña Victoria se dejaba mecer por la armonía celestial, sus ojos posados en los ángeles murales. Sus miradas, a medio camino entre la ternura y la severidad, le ofrecían un puente hacia lo divino. Sus labios temblaron, buscando las palabras de oraciones olvidadas, y las lágrimas, perlas de dolor y esperanza, brotaron de sus ojos. ¡Bendita seas!
En ese preciso instante, entró Morena, incapaz siquiera de recordar su propio nombre.
¡Qué giro del destino, mis queridos lectores! Si tan solo Morena hubiera atisbado la posibilidad, si hubiera presentido lo que su llegada significaba, el curso de los acontecimientos podría haber virado hacia la misericordia y la redención. Mas así transcurrieron los hechos, sin que nadie se permitiera la audacia de soñar con erradicar la hipocresía y el orgullo de este mundo. Los árboles, con sus hojas generosas, ofrecían su sombra a los viajeros bajo el sol abrasador; las aguas cristalinas prometían vida y sustento. Jamás imaginaron un relato como este, donde dos mujeres, cual fieras acorraladas, se desgarraban en una lucha por el orgullo hasta la muerte. Los instintos primarios, eternos señores de nuestra naturaleza humana, ahogaron toda posibilidad de paz y amor.
¿Desde cuándo nos despojamos de nuestra humanidad para convertirnos en espectros diabólicos, sordos a los reclamos de nuestra alma y ciegos al camino oscuro que nos arrastra? ¿Desde cuándo germinó en la mente humana la presunción de ostentar el poder divino para juzgar o aniquilar al prójimo, aun cuando sus intereses difieran?
Mientras tanto, en la miseria de una vieja chabola, Morena y Juan intentaban desentrañar el torbellino de emociones que los asolaba, una semana después del incidente.
—Quiero encontrarla… Necesito saber cómo está —susurró Morena, su voz teñida de una ansiedad que se acrecentaba con cada latido. La presencia de Juan, aunque reconfortante, no lograba disipar su turbación.

—Es una locura. Si vas allí, te reconocerán —aconsejó Juan, sujetándola con firmeza, su voz un bálsamo de calma.
—Lo sé, lo sé… Pero necesito arrepentirme. Fui yo quien empezó. ¿Entiendes? No puedo seguir así. Este silencio me consume. ¡Necesito actuar! —sus ojos, salvajes y febriles, se desorbitaron y, en un instante, estalló en una risa desgarradora. Juan la abrazó, su cuerpo un refugio, su voz un arrullo mientras le besaba las mejillas y acariciaba su cabello.
—Cálmate, mi amor. Estoy contigo. Lo resolveremos, te lo prometo. Nunca te abandonaré —susurró Juan, su ternura envolviéndola.
Morena se aferró a su abrazo, su cuerpo temblando mientras las lágrimas corrían, buscaba protección en la fortaleza de aquel hombre valeroso, en cuya presencia se sentía invenciblemente a salvo.
—La encontraremos. Te lo juro. Eres mi niña, y nunca te dejaré…
En un instante, las almas desamparadas de ambos encontraron el arca sagrada de sus corazones en aquella humilde morada. Su fe, forjada en el crisol del arrepentimiento que Morena anhelaba, se erigió como un muro infranqueable contra el mundo. Ella sabía, con una certeza inquebrantable, que un momento crucial se aproximaba, una decisión que aún guardaba celosamente para sí. Juan, ajeno a su tormenta interior, irradiaba la misma dicha.
El alba del arrepentimiento se acercaba vertiginosamente, y solo Dios conocía el tesoro de esperanzas renovadas y descubrimientos que albergaba el corazón de Morena. En ese instante, el peso de sus culpas parecía disolverse en la pureza de sus sentimientos, abrazando la promesa de un nuevo amanecer.

Capítulo 4

Al día siguiente, por todos los medios, Morena decidió confrontar a Doña Victoria y, finalmente, poner fin a sus deudas infinitas ligadas a aquel incidente. La ansiedad la consumía; a veces, se intensificaba, tiñendo sus recuerdos de un gris opresivo. En ocasiones, se aventuraba a la noche, permaneciendo horas en silencio, la mirada perdida, el corazón aquietado. Los eventos pasados perdían su sentido desde el instante en que Morena y Doña Victoria se desgarraron como dos gatas salvajes en la arena de la vida. Aún sentía el ardor de aquellas gotas de sangre en su rostro, como si todo hubiera ocurrido ayer. Los árboles, colmados de aves nocturnas, no le daban tregua. Un torbellino de pensamientos sombríos la urgía a escudriñar aquel día con mayor profundidad y a intentar prevenir el desastre.
Si no hubiera reaccionado a aquella estúpida provocación, nada de esto hubiera sucedido. Porque ella había cruzado todas las líneas rojas de su existencia en un instante. La falta de amor la había marcado durante años, incluso en el tiempo en que más lo anhelaba. Sabía que los hombres de su barrio eran poco más que bestias, deslumbrados por su piel morena y sus piernas esculturales. Sin embargo, casi ninguno se detenía a escudriñar su interior, a percibir la lluvia infinita que empapaba su alma hasta la médula. Casi ninguno se atrevía a mirar más allá de sus ojos, más allá de las miradas hambrientas, como si fuera un trozo de carne frita.
Morena lo supo desde su infancia: nadie puede amarte como tus padres, ni siquiera

tu hombre puede ofrecerte el mismo amor y la misma protección. Esta carencia la había llevado a llorar en el silencio de la noche, cuando el mundo exterior dejaba de existir para su pequeño corazón herido, magullado por una cruda realidad donde los valores y principios humanos se habían hecho añicos. Existir solo para comer, beber, vestirse y desnudarse carecía de sentido para ella, que había atravesado tantas pruebas innumerables.

Pero antes de entregarme al arrepentimiento, debía aceptar y asimilar todo lo acaecido a lo largo de los ciclos de la humanidad, y finalmente ofrecer un abrazo cristiano a cada enemigo en mi camino. Para proceder con el arrepentimiento, más que nada, necesitaba reconocerme en la obra de una vida sana, limpia y renovada. Atravesar mis miedos y superar mis límites sería el primer paso para convertirme en una persona transformada, liberada de mis dolores pasados. En los momentos nocturnos, la Tierra entera me parecía un gran milagro, con rocas de estoicismo que admiraba como si fueran el epítome de mi alma, sabia y curtida por esta vida cruda y sombría.

Pero Morena ya se encontraba en el umbral de una vida nueva y radiante. Sus expectativas de amor junto a Juan la llenaban de felicidad día a día, y la vida deslumbrante que vislumbraba en el horizonte la inspiraba a seguir adelante, pues sabía que su alma encontraría paz y amor en los brazos de una existencia mejor. Juan despertó muy temprano y salió para revisar sus redes de pesca, que no había revisado adecuadamente el día anterior. Luego, regresó a la choza con los ojos brillantes. —¡Mira, amor mío! ¡Tenemos algo para comer…! —dijo. Morena lo abrazó, y aspiró aquel aroma familiar, mezclado con sudor y agua salada. Los días en que casi toda su vida adquirió un nuevo sentido y llenaron su corazón de una alegría inexplicable, trajeron de vuelta los días de su nacimiento celestial. Desde la infancia, Morena creía en los ángeles que sostenían a los humanos con sus alas invisibles y protegían sus almas de mayores caídas en la vida. Sin embargo, casi nunca prestaba atención a ciertos pecados, entre los cuales los humanos podían purificar sus almas de los momentos más oscuros de sus cortas vidas. Pero casi nadie sabía a dónde se habían ido aquellos ángeles, llevándose consigo sus varas de justicia y amor. Porque una parte de nuestra existencia siempre pertenece al dolor.

—Vamos a celebrar este día juntos, amor mío. Juan la besó en los labios, con fuerza y prolongadamente, como si fuera el beso del día de su boda. Los rayos del sol se filtraron por las ventanas abiertas, acariciando las mejillas de Morena, quien en ese instante miraba los ojos de Juan, admirando su naturalidad. Nunca antes ni después se sintió tan dichosa como una mariposa volando entre flores veraniegas, tratando de escuchar cada pequeña emoción dentro de su corazón, que poco a poco comenzaba a sanar. Después del almuerzo, Juan y Morena salieron a dar un paseo por el bosque, a contemplar el silencio y escuchar a los pájaros, cuyas canciones les infundían una felicidad creciente. —¿Sabes qué…? —Juan se acercó a un árbol más grande del bosque y lo abrazó como a un viejo amigo. —Este roble siempre me acompañó en todas las pruebas de mi vida. Fue testigo de toda la mala suerte que tuve que soportar. ¿Crees que los árboles conocen nuestro destino o, al menos, pueden revelarnos algo? Miró a los ojos de Morena, en los cuales brillaban el amor

y la paz. Este día era el primero en el que su amada se había curado de sus heridas internas, trayendo consigo mayor paz y serenidad. Los pájaros los invitaron a su reino celestial, saltando de rama en rama, cantando incansablemente. Todo en ese instante parecía un milagro increíble, lleno de luces y sonidos agradables. —¡Mira ese pajarito! —exclamó Morena, sumergida en la profusión de colores brillantes que abrazaban su pequeño y vulnerable corazón, en el cual la nueva vida estaba a punto de germinar. —¡Son increíbles! ¿No crees…? —En ese mismo instante, comenzó a danzar alrededor del árbol más grande del bosque, como si fuera un ritual especial para conseguir una vida mejor, colmada de abundancia. Juan la tomó de las manos y ambos se perdieron en la danza, sonriendo y mirándose a los ojos, como si hubieran sido perdonados y liberados de todos sus pecados pasados. Luego, Juan la abrazó con la fuerza que solo él poseía, la hizo girar en sus brazos con intensidad y continuó pronunciando las palabras que brotaban de lo más profundo de su corazón: — —¡Morena, mi Morena! Tú y yo, soy Juan, tú y yo. ¡¿Me escuchas?! ¡Te amo!

Capítulo 5

Doña Victoria se acomodó en la silla dentro de la iglesia, absorbiendo la misa. Los cantos litúrgicos resonaron en lo profundo de su ser, un bálsamo celestial para un corazón abierto, como si ángeles descendieran para confortar a cada alma perdida en el laberinto de los años. A su lado, sintió la presencia de una niña con un lazo azul, que sonreía para sí, abstraída en un sueño de dulce muñeca, quizás un regalo divino.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —interrogó Doña Victoria, acercándose y posando su mirada en los ojos verdes de la niña, fijos en un fragmento de cielo que se filtraba por una ventana abierta. —Me llamo Morena —respondió la niña, sin dejar de sonreír. —¡Qué nombre tan bonito! Eres un encanto, querida —dijo Doña Victoria, con un impulso fugaz de abrazarla, pero la timidez la detuvo. La vida, sin hijos propios, la había dejado insegura ante la ternura infantil.

Toda su vida se había desarrollado en este barrio, y hasta entonces, un chico la había notado apenas. No era fea, pero tampoco irradiaba esa amabilidad que atrae. Ella lo sabía, sin comprender por qué, mientras que algunas vecinas, menos agraciadas, parecían tener a su alrededor un cortejo de admiradores.

Sin embargo, una imagen imborrable brillaba en su memoria: un día junto al río, lavando la ropa, un apuesto joven del barrio se acercó, la saludó y entabló conversación. Recordaba su camisa azul, un tono que realzaba la vivacidad de sus ojos. —¿Qué haces? —fue su primera pregunta. Su sonrisa la deslumbró, una visión que atesoraría por siempre. —Lavando. Tengo que terminar antes de que anochezca —respondió ella, esbozando una sonrisa para ocultar su turbación. Su corazón latía desbocado, a punto de saltar de su pecho.

Él era tan apuesto que la felicidad la embargó como nunca antes ni después. Sus ojos y su camisa azul se fundieron en su mente como un reflejo del cielo más puro. —¿Cómo te llamas? —preguntó él, acercándose. El eco de su profunda respiración

apenas le permitió escucharla. —Victoria… —susurró, casi imperceptiblemente. —Me llamo Victoria…
Conversaron durante lo que pareció una eternidad, como viejas amigas. El sol bañaba sus rostros, y cada instante de esa charla se sentía como un milagro. Tras años de soledad, al fin hallaba una chispa de compasión y seguridad en aquella conversación tan inocente.
Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado. —¿Pablo, con quién hablas? —una voz rubia rompió el encanto. Una muchacha se acercó corriendo hacia él. Al llegar, lo abrazó y lo besó con tal vehemencia que Victoria sintió la urgencia de recoger sus cosas y huir, como una niña a la que le arrebatan el alma. Las lágrimas nublaron su visión.
Ese recuerdo la perseguía, un espejismo de una felicidad perdida, de emociones y anhelos ahogados en un mundo que nunca existió. Los giros de la vida le parecían injustos y asombrosos, grabados a fuego en su ser. Desde entonces, buscaba a Dios, a menudo perpleja ante la discrepancia entre las palabras y los actos de quienes hablaban de Él, perdiendo el rumbo entre la víctima asumida y la bestia ignorante revestida de luz angelical.
Cada visita a su iglesia la transportaba a su infancia, a aquellos años en que intentaba jugar con las niñas del barrio, solo para ser rechazada como una bruja malévola. Su refugio era la sombra de un viejo roble. A sus padres, absortos en el trabajo para proveer, nunca compartió su dolor, ignorantes de las profundidades de su alma infantil. Un día, llorando bajo el roble, lamentando su destino, encontró una pequeña muñeca abandonada.
Luciendo un vestido azul, sus ojos reflejaban la profunda tristeza de una niña que buscaba respuestas en un mundo que le parecía equivocado. Victoria la tomó en sus manos, contemplando el vestido, un guiño celestial. Se sintió protegida por el cielo y sus ángeles, tal como sus padres le recordaban: “Hija, tu vida está en las manos de Dios… Solo Él puede protegerte de todos los enemigos, visibles e invisibles”. Tomando la muñeca, Victoria recordó con fervor que debía ser ella misma quien se protegiera. Nunca había poseído una muñeca tan adorable. Conmovida hasta el alma, giró sobre sí misma alrededor del tronco del roble, danzando con su tesoro.
—¡Te llamaré Bella! —proclamó la niña, besando sus mejillas rosadas, como si fuera su propio reflejo. Los pájaros festejaron con sus trinos, pintando el día de nuevos colores, transformando la aventura de Victoria en un viaje extraordinario. Ya no estaba sola; tenía a su mejor amiga, Bella, su inseparable compañera. Corría descalza sobre la hierba fresca de la mañana, tarareando suavemente, acunando su muñeca contra el pecho, temerosa de perderla para siempre.

Doña Victoria regresó al presente. La niña a su lado se había desvanecido. Respiró hondo, se levantó y se dirigió a la salida de la iglesia vacía.
Su mente estaba poblada por pensamientos apremiantes, pero ninguno se vinculaba al accidente que le había arrebatado sus recuerdos. Vivir en este mundo nuevo y fascinante, donde las niñas jugaban con muñecas y los problemas de los adultos

parecían diluirse, era un consuelo. Su vida se extendía ahora hacia la infancia y la juventud, refugio de su corazón.
Sin embargo, algo la interpelaba, algo que tarde o temprano debía confrontar: su pasado, ese instante en el que había abandonado a la pequeña Victoria vulnerable. Caminaba por la calle con la familiaridad de siempre, pero ahora sus recuerdos cobraban una nitidez y una belleza inusitadas. La sorprendían, pues apenas antes fragmentos de su pasado la habían conmovido con tal intensidad.
Al pasear por el parque, los árboles le parecieron de una belleza deslumbrante, sus ojos – las hojas – de un amarillo translúcido, listos para su metamorfosis otoñal. ¿Cómo había podido ignorar tales maravillas durante tantos años? ¿Por qué, al ver los bancos, nunca había reparado en las muñecas olvidadas? ¿Por qué, en una vida repleta de sabiduría humana, faltaba siempre la del arrepentimiento?
Ahora, con ojos renovados, contemplaba el mundo con una diversidad asombrosa: ignorante y frío, sí, pero capaz de alcanzar el arrepentimiento. Su infancia, sus padres, se presentaban como una bendición celestial, una guía hacia la fuente pura de la verdad. Nunca, ni antes ni quizás después, las cosas le habían resultado tan claras como en aquel momento, paseando por el parque bañado por la luz del día.
Cuántas muñecas abandonadas surgían a su alrededor. Cada una, portadora de su propia historia, de su dolor y de su experiencia. Creía firmemente que cada muñeca aguardaba a alguien que la recogiera del suelo, que limpiara sus rostros manchados y le devolviera una vida en un hogar cálido y amoroso.
¡Cuántas esperanzas se habrían cumplido si la empatía y la transparencia hubieran reinado entre las personas! Todas esas expectativas se desvanecían como pompas de jabón al tropezar con la piedra de cada día. ¿Por qué? Porque pocos se detenían a reflexionar sobre lo verdaderamente esencial, como el amor y la paz. Enfrascados en luchas constantes por un lugar bajo el sol, alimentaban la ilusión de ganar una lotería cósmica que les asegurara una vida de éxito.
Su propio lugar solar, aún no lo encontraba, pero intuía que existía y que lo hallaría. Nadie le había prometido una vida idílica, colmada de expectativas radiantes o de oportunidades para una existencia diáfana y sin sombras.
De repente, la calle se llenó de risas y de niños danzantes, que parecían ángeles caídos del cielo. ¿De dónde habían surgido? Quizás habían faltado a clase hoy, ¿o ya celebraban el fin de semana? A veces, pedía la cuenta de los días y confundía un tiempo con otro.

Capítulo 6

Al despuntar el alba, Morena solía adentrarse sola en la ribera para meditar sobre el día fenecido, inquiriendo qué tintes aún alumbraban su ánima, dejándola en serena quietud. Ella y Juan llevaban tanto tiempo juntos, que a veces comprendía que habían sido forjados el uno para el otro. Sus miradas y abrazos le infundían perenne seguridad y calma. Sus cavilaciones sobre Doña Victoria asaltaban a veces con una fuerza sísmica, petrificándola en el acto, como si sus propios pensamientos fuesen corceles desbocados, prestos a desgarrar el suelo bajo sus pies y elevarla hasta los cielos.

Un día, halló un pequeño volumen sobre el escritorio de Juan. Cubierto de polvo, ostentaba el lustre de lo ancestral. Al abrirlo al azar, en la primera página, se topó con una epístola: Y cuando Jesús descendió del monte, le seguía gran multitud. Y he aquí, vino un leproso y le adoró, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. Entonces Jesús le dijo: Mira, no se lo digas a nadie; pero vete, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos. Y al entrar Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo está en casa echado, paralítico, sufriendo terriblemente. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque yo también soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. En este pasaje, Morena se estremeció como si un trueno la hubiera fulminado. Si esta parábola estaba destinada a ella, ¿de qué estaba impregnada su existencia: de caos y vacilación para abrir su corazón a Aquel en cuyas manos reposa la totalidad del globo terráqueo, y que puede sanar a quien sea, tan anhelante de purificarse de sus culpas? Si cada palabra de aquella insigne página la había interpelado como un capote escarlata al toro, entonces debía emprender su arrepentimiento cuanto antes, o de lo contrario, su Señor apartaría de ella su faz. Tomó el libro, lo apretó contra su pecho y corrió al exterior, hacia su árbol predilecto, el cual se erigía como mudo testigo de sus días de melancolía y algarabía. Toda su vida pretérita, en un instante, le pareció un delirio colmado de quimeras y mendacidades, en las cuales siempre inquiría solaz y compasión. Ahora, se dirigía a aquel bosque para aposentarse bajo su árbol amado y desgranar la totalidad de aquel volumen divino que, en un parpadeo, había transfigurado su derrotero. Las fragantes hierbas matinales punzaron sus pies, refrescándolos con el rocío. Corría al encuentro de los brazos de su nueva vida, que ya se divisaba en el confín del horizonte.

Capítulo 7

El bosque vibraba con la orquesta aviar, cuyas voces tejían melodías sublimes. Cantaban a coro y luego en solitario, cual si entonaran un himno al día naciente. Las hierbas relucían empapadas por las primeras gotas de rocío. Morena se sentó bajo el árbol más vetusto de la comarca y comenzó a leer. Absorbía cada vocablo de aquel libro como una esponja insaciable. Las palabras divinas se infiltraron en su corazón, encendiendo luces ignotas que acariciaron su alma, otorgándole un hondo sentimiento de amparo y certeza. Letra a letra, las definiciones de las parábolas colmaron su intelecto, agudizando su percepción ante este mundo recién revelado. A ratos, le parecía vislumbrar una silueta merodeando en su proximidad. Al aire libre, rodeada por las sombras danzarinas de los árboles, Morena se sentía inmersa en un edén celestial. De pronto, percibió una figura humana que transitaba a su vera. Morena dejó el libro y alzó la vista hacia el origen de aquellos pasos. La forma cuyos pasos se aproximaron paulatinamente a Morena se desdibujó hasta revelar una figura inconfundible. No podía ser. Aquella silueta pertenecía a…

Doña Victoria. Con un grito de asombro, Morena se irguió y corrió de inmediato hacia la dama. Doña Victoria caminaba con parsimonia, una sonrisa serena en el semblante, irradiando una profunda impavidez. En sus manos portaba una pequeña muñeca de tela lila…

—¡Doña Victoria! ¡Doña Victoria! — Exclamó Morena, postrándose ante ella, mientras su rostro se anegaba en lágrimas. En ese instante, se sintió idéntica a una monja enajenada, huyendo del claustro de su convento.

La dama se detuvo, la contempló con desconcierto, sin comprender la súbita emoción. Se aproximó a Morena, se arrodilló a su lado y la abrazó con ternura.

—¿Qué ocurre, hija? ¿Por qué lloras? — Acarició su cabello con mano rugosa, intentando amansar su congoja.

—¡Doña Victoria! ¡Perdóname, por favor! ¡Ya no puedo más… — Morena casi gritaba, esforzándose por recuperar la compostura.

—No entiendo, hija… ¿Cómo conoces mi nombre? — En ese instante, la respiración de Morena se entrecortó, embargada por la falta de aire. Doña Victoria la sostuvo con firmeza, prodigándole un nuevo arrullo en la cabeza.

—No sé qué te he hecho, hija, pero te perdono, tal como Jesús nos enseñó. ¿Quieres mi muñequita? — Le ofreció el juguete. Morena alzó la mirada, cesó de llorar y, entre ambas mujeres, reinó un silencio solemne. Las aves enmudecieron, como si fuesen testigos de aquel acto de contrición. El bosque entero contemplaba a las dos damas abrazadas, mirándose a los ojos. —¡Morena! ¿Estás aquí? — La voz de Juan rompió el recogimiento, pero ella permaneció inmóvil. Juan comprendió al instante. Decidió no interrumpir a las dos mujeres en aquel trance de vital importancia para sus almas.